

**De izq. a dcha.** y de arriba abajo: Soldado congoleño en Kaniola. María Shuluba, de 53 años, violada por un grupo de hombres armados. El Hospital Panzi, en Bukavu, donde tratan a las víctimas con mayores daños internos.







UNA EPIDEMIA DE AGRESIONES SEXUALES. Y ES MÁS TERRIBLE QUE CUALQUIER ENFERMEDAD PORQUE, PARA VERGÜENZA DE LA HUMANIDAD, LA PROVOCA LA MANO DEL HOMBRE. NADIE ESTÁ LIBRE DE CULPA, DESDE LOS SOLDADOS DEL GOBIERNO A LAS GUERRILLAS. EN ESTE PAÍS, NINGUNA MUJER –O NIÑA– SE ENCUENTRA A SALVO.

## *República Democrática del Congo* **CUANDO LA VIOLACIÓN ES EL ARMA**

**POR** Jeffrey Gettleman **FOTOS** Hazel Thompson

«Una cosa está clara: se hace para destruir a las mujeres.» El doctor Denis Mukwege, ginecólogo congoleño, conoce bien el objetivo de los monstruos responsables de que, cada día, lleguen a su hospital 10 víctimas, algunas de ellas aún niñas, de una violación. Él ya no soporta las atrocidades que le cuentan. Muchas de ellas han sido atacadas con sadismo, masacradas con bayonetas y agredidas sexualmente incluso con tarugos de madera, hasta el punto de que nada pueden hacer todos sus conocimientos médicos para reparar sus aparatos reproductor y digestivo. En la República Democrática del Congo la paz no es más que una formalidad. Después de la bautizada como Segunda Guerra del Congo (1998-2003), el conflicto que más vidas ha costado en el mundo desde la II Guerra Mundial, se decretó oficialmente el fin de las hostilidades, pero, desde entonces, las convulsiones han seguido presentes. El año pasado, este país de más de 62 millones de habitantes celebró unas elecciones históricas que costaron 500 millones de dólares (algo más de 340 millones de euros) y que deberían haber acabado con las rebeliones y el caos. Pero no ha sido así. Hoy, una de las zonas calientes es la región oriental, y en esta ocasión hay un elemento nuevo: se está atacando por sistema a las mujeres a una escala nunca antes vista allí. De acuerdo con Naciones Unidas, en 2006 se informó de 27.000 ataques ▶





*“En el Congo se da la mayor violencia sexual del mundo. Sus cifras, la brutalidad y la impunidad son atroces.”*

**John Holmes**  
SUBSECRETARIO GENERAL DE LA ONU



**Este año se atenderán unos 8.000 casos de violaciones. En la ciudad de Shubunda, el 70% de la población femenina afirma haber sido agredida sexualmente.**

**De izq. a dcha. y de arriba abajo:** Una de las víctimas en el Hospital Panzi. Base móvil de las fuerzas de paz de Naciones Unidas en el bosque de Mugaba, refugio de las facciones rastas. El doctor Denis Mukwege pasando consulta. La familia de Biora Mamutu, una joven de 18 años violada en Kaviola; todos fueron víctimas en el ataque nocturno. Una mujer trabaja en el campo en Kivu Sur, verdadero epicentro de esta epidemia de violencia sexual.

sexuales tan sólo en la provincia de Kivu del Sur, y esa cifra podría no ser más que una pequeña fracción de la totalidad registrada en el país. «En la República Democrática del Congo se da la mayor violencia sexual del mundo», ha señalado John Holmes, subsecretario general de la ONU para Asuntos Humanitarios. «Sus elevadas cifras, la brutalidad desmedida y la cultura de la impunidad son atroces», añade.

Según los funcionarios de Naciones Unidas, las tropas del propio Gobierno congoleño están entre los delincuentes más crueles cuando se trata de violaciones. Además, las elecciones en las que salió victorioso Joseph Kabila no consiguieron fortalecerlo para hacer frente a las fuerzas rebeldes, parte de las cuales están compuestas por extranjeros. El sistema judicial y el militar funcionan a duras penas y grandes franjas del país, especialmente en el este, permanecen aún sin control. Allí, los civiles están a merced de grupos armados que han hecho de la guerra su modo de vida y que sobreviven arrasando pueblos y llevándose a las mujeres para pedir después un rescate. Queman a los bebés. Secuestran a las mujeres. Descuartizan a quienes se cruzan en su camino. Según los testimonios de las víctimas supervivientes, esas son las actividades

de uno de los grupos rebeldes que ha surgido recientemente, los *rastas*, un misterioso clan de fugitivos que vive en el interior de la selva y cuyas señas de identidad, aparte de su peinado y su rastro de sangre, son los chándales de tejido brillante y las sudaderas de Los Angeles Lakers. Los trabajadores de la ONU en el Congo creen conocer, además, su origen: fueron parte de las milicias hutus que huyeron de Ruanda después de cometer el genocidio de 1994, pero hoy se han escindido y especializado, por su cuenta, en la crueldad.

Lo sabe bien Honorata Barinjibanwa, una joven de 18 años de edad y pómulos marcados a quien los *rastas* secuestraron en abril. Con la mirada baja, cuenta cómo se sucedieron los días de su cautiverio: pasaba la mayor parte del tiempo atada a un árbol –todavía hoy tiene las marcas de la cuerda alrededor

de su delicado cuello– hasta que, durante unas pocas horas, la soltaban para violarla en grupo. «Estoy débil y furiosa. No sé cómo volver a empezar mi vida», afirma desde el Hospital Panzi, en Bukavu, donde fue trasladada después de que los la liberasen, en agosto. Además, está embarazada.

Aun cuando la violación ha sido siempre un arma de guerra, los investigadores temen que en el Congo se haya convertido en un

fenómeno social de profundo alcance. «Se ha extendido más allá del conflicto», comenta Alexandra Bilak, del Life & Peace Institute, que ha estudiado estas bandas criminales en torno a la ciudad de Bukavu, a orillas del lago Kivu. Afirma que el número de mujeres sometidas a abusos e incluso asesinadas por sus maridos va en aumento y que la brutalidad que sufren se ha convertido en algo «casi normal». Malteser International, una organización de ayuda humanitaria europea que dirige varias clínicas en el este del Congo, estima que este año atenderá unos 8.000 casos de violencia sexual, frente a los 6.338 de 2006. En una ciudad de la zona, Shabunda, el 70% de la población femenina asegura haber sido agredida sexualmente.

En el hospital donde acogieron a Honorata, en Bukavu, el doctor Mukwege realiza cada día hasta seis

intervenciones quirúrgicas relacionadas con una violación. Las mujeres ocupan una cama tras otra, tumbadas boca arriba, mirando al techo, con bolsas que nacen de su abdomen colgando a su lado, una muestra de los terribles daños internos sufridos. «Todavía siento dolor y escalofríos», confiesa Kasindi Wabulasa, una paciente a la que forzaron cinco hombres el pasado mes de febrero. Mientras se ensañaban con ella, apuntaban con un fusil AK-47 al pecho de su marido, obligándole a mirar. Si cerraba los ojos, le dijeron, dispararían. Cuando terminaron, le tirotearon de todos modos.

La descripción de las denunciantes suele coincidir: se trata de jóvenes armados, esos que abundan en las bellas montañas de la zona. Allí los hay a montones, de orígenes variados y siempre mal pagados: son soldados del Gobierno amotinados; miembros de las milicias nacionales, las Mai-Mai, que se embadurnan con ▶







“ Me  
preguntan  
si podrán tener hijos  
en el futuro...  
Es muy difícil  
mirarlas  
a los ojos. ”

**Denis Mukwege**  
DIRECTOR DEL HOSPITAL PANZI

petróleo antes de entrar en combate, y paramilitares originarios de Uganda y Ruanda que han desestabilizado el área durante los últimos 10 años en busca de oro y de todas las riquezas –coltán, diamantes, etcétera– que pueden extraerse de la explotada tierra del Congo... Los ataques continúan a pesar de la presencia en el país de la mayor fuerza de paz que Naciones Unidas mantiene desplegada en el mundo, con más de 17.000 soldados.

La edad no sirve para librarse de estas agresiones. La paciente más anciana de las que ha tratado Denis Mukwege tenía 75 años; la más joven, tres. «Los órganos internos de algunas de estas niñas quedan destrozados, pero son tan jóvenes que no comprenden qué les ha ocurrido», sostiene. «Me preguntan si podrán tener hijos en un futuro... Es muy difícil mirarlas a los ojos.» Nadie –ni los médicos ni los asistentes humanitarios ni los investigadores congoleños y occidentales– puede explicar con exactitud por qué está ocurriendo esto. «Esa es la gran cuestión», comenta André Bourque, un asesor que trabaja con grupos de ayuda en el Congo oriental. «La violencia sexual alcanza aquí un nivel que jamás se ha visto en ningún otro lugar. Es incluso peor que lo que sucedió en Ruanda durante el genocidio.» La impunidad, añade el canadiense, podría ser un factor importante, puesto que muy pocos culpables reciben un castigo. Muchos de los congoleños implicados en organizaciones de ayuda niegan que el problema sea cultural, heredado del trato que los hombres dispensan a las mujeres en la sociedad de su país. «Si ese fuera



formidable fuerza rebelde. Nkunda es un tutsi congoleño que ha acusado a las Fuerzas Armadas de su país de apoyar a las tropas hutus, algo que el Gobierno niega. Él, según explica, se limita a proteger a los civiles de su etnia para que no sean víctimas de nuevo. Pero es posible que sus hombres no sean mejores que el resto. Willermine Mulihano asegura que la han violado en dos ocasiones: primero, los milicianos hutus, hace dos años, y el pasado julio, los soldados de Nkunda. Dos de ellos mantenían sus piernas separadas mientras otros tres la violaban por turnos. «Cuando pienso en lo que ocurrió», recuerda, «me siento destrozada.» Además, está sola. Su marido se divorció de ella después de la primera agresión, alegando que estaba enferma. En algunos casos, los civiles se ven atrapados en el fuego cruzado. En un pueblo cercano a Bukavu, donde en mayo violaron a 27 mujeres y asesinaron a 18 personas, los atacantes dejaron una nota en mal suajili. En ella, les advertían de que la violencia

## La descripción de las denunciantes suele coincidir: soldados del Gobierno amotinados, de las milicias nacionales o paramilitares de Uganda y Ruanda.

**Arriba:** Un soldado congoleño en el área de Kaviola. La población denuncia que los efectivos que el Gobierno manda para protegerla participan en esta barbarie y que, en muchas ocasiones, son ellos los que violan a mujeres indefensas. **En la página anterior:** Una de las víctimas. Algunas de las fotografiadas en este reportaje se negaron a dar su nombre. En cambio, todas aceptaron ceder su imagen para denunciar su situación y tratar de evitar que se repita.

el caso, este hecho habría aflorado hace años», sostiene Wilhelmine Ntakebuka, que coordina un programa contra la violencia sexual en Bukavu. Fecha el comienzo de esta epidemia a mediados de la década de los 90. En aquella época, varias oleadas de milicianos hutus huían a la selva del Congo, después de exterminar a 800.000 tutsis y hutus moderados durante el genocidio de Ruanda, del que ahora se cumplen 13 años. El subsecretario general de la ONU asegura que las tropas del Gobierno podrían haber violado a miles de mujeres, pero que los ataques más atroces los han llevado a cabo los hutus. «Son personas que han participado en un exterminio de una raza y que, desde el punto de vista psicológico, han quedado destrozados por eso», apunta.

**El este del Congo**, uno de los parajes más idílicos del África central, plagado de verdes montañas, continúa recordando demasiado las atrocidades que asolaron Ruanda. Tomemos como ejemplo los últimos combates, cerca de Bukavu, entre el Ejército congoleño y Laurent Nkunda, un general disidente al mando de una

continuaría mientras las tropas del Gobierno permanecieran en la zona. Mientras, las fuerzas de paz de Naciones Unidas intensifican los esfuerzos para proteger a las mujeres. Una de sus últimas tácticas consiste en proyectar luces nocturnas: por la noche, tres de sus camiones se adentran en el monte y mantienen los faros encendidos hasta el alba para hacer patente su presencia a los grupos armados. En ocasiones, cuando amanece, hay más de 3.000 civiles acurrucados a su alrededor, en el suelo. Pero el problema supera los recursos que se le dedican. El hospital Panzi tiene 350 camas y, aunque se está construyendo una nueva sala específica para las víctimas de las violaciones, estas son enviadas de vuelta a sus pueblos antes de estar totalmente recuperadas. Necesitan espacio para el interminable flujo de nuevos ingresos. A los 52 años, al doctor Mukwege le gusta recordar los días en que Bukavu era conocida por sus increíbles vistas del lago y sus parques nacionales, como Kahuzi-Biega. «Allí solía haber numerosos gorilas. Pero ahora han sido sustituidos por bestias mucho más brutales.» **YO**